



EL TALLER de Alfonso Rubio

Emily Pinkerton*

Cada martes en la tarde, cuando el Centro Bibliotecario de Puente Alto cierra las puertas a sus lectores, se abre un espacio para la transmisión de una tradición. De Pirque, de Ñuñoa, de Maipú, y de Puente Alto mismo llega un grupo de jóvenes a estudiar guitarrón en el taller de Alfonso Rubio. La sala de referencias se vuelve sala de clases, y al enseñar esta práctica pircana se genera creatividad y comunidad. Aunque llegan por distintas rutas, todos los alumnos vienen con un respeto tremendo por la riqueza musical y cultural que encierra este instrumento, tan únicamente chileno. Con Alfonso de guía, se arraigan estos músicos en la actualidad pircana del guitarrón, para luego forjar nuevos caminos musicales y poéticos.

En una tarde típica, los cuatro guitarrones de la Municipalidad se reparten en cada rincón de la sala. Cerca de la entrada se agrupan los alumnos nuevos para repasar la entonación "La común", memorizando o leyendo según un sistema de numeración que es

Estudiante de etnomusicología. Universidad de Texas.



explicado por Alfonso. Al otro extremo de la sala están los alumnos antiguos, ensayando otras entonaciones, o intercambiado nuevas ideas para adornos o arreglos especiales. En los últimos meses estas innovaciones han incluido un arreglo a dos guitarrones de "La común" y un arreglo para acomodar una voz femenina en la misma entonación. Tal exploración del instrumento muchas veces exige pequeñas o grandes alteraciones de la técnica tradicional. Estos cambios son sometidos a la audición y análisis de los asistentes.

El taller no consiste en sólo tocar el guitarrón, sino también en hablarlo: su pasado, su futuro, su forma, su encordado, y más. Cuando doña Bertina Angulo -hija del guitarronero Isaías Angulo- visitó el taller, escuchamos sus recuerdos del guitarrón y sus andanzas con Violeta Parra. Otro martes nació la idea de organizar una serie de encuentros para presentar nuestro trabajo a familiares, amigos y a la comunidad. El taller es mucho más que una clase de ejecución instrumental; es un foro donde tocando, payando o conversando -y hasta sólo observando- surgen nuevas ideas en torno al guitarrón y su significado en la vida de cada uno.

Conversando también conocemos las historias de cómo los alumnos llegaron al instrumento. Para muchos participantes el primer contacto con el sonido del guitarrón fue una experiencia llamativa. En programas radiales, en grabaciones como "Cuatro Payadores Chilenos", o en discos de la Universidad de Chile, el timbre de este instrumento les llamó, impactó y conmovió con una gran fuerza. Miguel Ángel Ibarra, de Puente Alto, que lleva más de un año en el taller, recuerda de su infancia los casetes de encuentros de payadores que escuchaban sus papás. Después, al estudiar Pedagogía en Educación Musical, el guitarrón formó parte de su "investigación de un sonido que fuera profundamente chileno".

En cambio Erick Gil, también de Puente Alto, llega al guitarrón por estudios que realiza dentro y fuera del país sobre la "música tradicional andina". Encuentra en este instrumento y sus cultores, "un equilibrio 'hombre-tierra' que amarra melodías y cantos ancestrales, similar al

existente en los pueblos andinos entre 'sikus (zampoñas) y bombos'". Para él, hay un vínculo más personal entre el guitarrón y sus abuelos campesinos, que está empezando a descubrir y valorar. Oriundo de Pirque, Javier Riveros conoce el guitarrón desde muy temprana edad en el ámbito del canto a lo divino. Él piensa que sin la posibilidad del taller de Alfonso no habría podido conocer los detalles del guitarrón que ahora ocupa para cantar las melodías y los versos que cuando niño le llamaron tanto la atención. Como sus compañeros, agradece la existencia de los talleres y las oportunidades que al interior del mismo se le han dado.

Durante los pocos meses que participé en el taller de Alfonso Rubio pude apreciar que el guitarrón es un instrumento vivo: una tradición vital y cambiante. En estas clases se va formando una nueva generación de tocadores que buscan una expresión de identidad local. Estos músicos jóvenes no esperan adivinar en el guitarrón sus raíces al otro lado del Atlántico, sino adentrarse en una realidad local, cultivando el instrumento en las escuelas, en ruedas a lo divino y en encuentros de canto y poesía.

Este apoyo que brinda la Municipalidad de Puente Alto para la transmisión de la tradición guitarronera es necesario, y es muy apreciado. El tiempo, la dedicación y la sabiduría de Alfonso también lo son. Ojalá que este taller dure largos años para que el guitarrón nunca se desarraigue de la provincia Cordillera, y para que siga creciendo en las manos jóvenes de esta zona.

